

SAN JUAN BTA. M.^a VIANNEY
(CURA DE ARS)

SERMONES ESCOGIDOS

TOMO II

VERSION DE
RDO. DR. D. CARLOS DE BOLOS
Catedrático del Seminario de Gerona

Serie
Grandes Maestros
N.º 14

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

TOMO II: 978-84-7693-213-1

Obra Completa: ISBN: 84-7693-211-1

Depósito legal: M. 45.756-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

DOMINGO DE PASIÓN

SOBRE LA CONTRICIÓN

*Vae mihi, quia peccavi nimis
in vita mea.*

Desgraciado de mí, que tanto
he pecado en mi vida.

(De *Las Confesiones* de San
Agustín, lib. II, c. 10) (1).

Tal era, H. M., el lenguaje de San Agustín cuando discurría sobre los años de su vida en los que, con tanto ardor, se había entregado al infame vicio de la impureza. «¡ Ah ! ¡ desgraciado de mí, pues tanto he pecado en los días de mi vida !» Y cuantas veces le acudía tal pensamiento, sentía su corazón devorado y desgarrado por el dolor. «¡ Oh, Dios mío ! exclamaba, ¡ una vida pasada sin amaros ! ¡ oh, Dios mío, cuántos años perdidos ! ¡ Ah ! Señor, ¡ ruégoos que os dignéis no acordaros más de mis culpas pasadas !» ¡ Ah ! lágrimas preciosas, ¡ ah ! dolores saludables que de un gran pecador hicieron un gran santo. ¡ Oh ! ¡ cuán pronto un corazón quebrantado de dolor recupera la amistad de su Dios ! ¡ Ah ! pluguiese a Dios que, cuantas veces ponemos nuestros pecados ante nuestros ojos, pudiésemos exclamar con tanta pena como San Agustín : ¡ Ah ! ¡ desgraciado de mí, pues tanto pequé en los años de mi vida ! ¡ Dios mío, tened misericordia de mí ! ¡ Oh ! ¡ cuán fácilmente correrían nuestras lágrimas, y nues-

(1) Este texto no se halla en la parte de las «Confesiones» que se indica. La última parte está sacada del 1.er Nocturno del Oficio de Difuntos.

tra vida no parecería la misma ! Sí, H. M., convengamos todos, cuantos estamos aquí, con tanto dolor como sinceridad, en que somos unos criminales dignos de atraer toda la cólera de Dios justamente irritado por nuestros pecados, tal vez más numerosos que los cabellos de nuestra cabeza. Mas ¡ bendigamos para siempre la misericordia de Dios que con sus tesoros nos proporciona tan eficaz recurso contra nuestra desdicha ! Sí, H. M., por grandes que hayan sido nuestros pecados, por desordenada que haya sido nuestra conducta, tenemos la seguridad de ser perdonados, si, a semejanza del hijo pródigo, nos arrojamos con un corazón contrito a los pies del mejor de todos los padres. ¿Cuál es ahora mi propósito, H. M. ? Aquí lo tenéis : es haceros ver cómo, para obtener el perdón de los pecados, es necesario : 1.º que el pecador odie y deteste sinceramente sus culpas por la contrición, la cual debe estar adornada de cuatro cualidades ; 2.º es necesario que haya concebido un firme propósito de no recaer. Ya veremos de qué manera puede reconocerse el verdadero propósito.

I. — Para haceros comprender lo que viene a ser la contrición, es decir, el dolor que de nuestros pecados hemos de tener, sería necesario daros a conocer, por un lado, el horror que Dios tiene al pecado así como los tormentos que sufrió para obtenernos el perdón del Padre celestial ; y por otro lado, los bienes que con el pecado perdemos, y los males a que nos hacemos acreedores para la otra vida : y esto nunca podrá el hombre comprenderlo perfectamente. ¿Dónde os llevaré pues, H. M., para hacéroslo conocer ? ¿Será tal vez al corazón de los desiertos, donde tantos santos moraron por espacio de veinte, treinta, cuarenta, cincuenta y hasta ochenta años ocupados en llorar unas culpas que según el mundo ni son tenidas por tales ? ¡ Ah ! no, no, aun

no se conmovería vuestro corazón. ¿Será a las puertas del infierno, para oír los gritos, los alaridos, el rechinar de dientes, ocasionados por el solo disgusto de haber pecado? ¡Ah! ¡dolor amargo, mas dolor y penas inútiles e infructuosas! ¡Ah! no, no, H. M., ¡no es aún allí donde aprenderéis a llorar vuestros pecados con aquel dolor y aquella pena que es necesario tener! ¡Ah! es al pie de esta cruz teñida aún en sangre de un Dios que la derramó para borrar nuestros pecados. ¡Ah! si me fuera dado conducirlos a ese jardín de dolores donde un Dios igual al Padre llora nuestros pecados, no con lágrimas ordinarias, sino con su sangre que chorrea por todos los poros de su cuerpo; donde se manifiesta tan vivo su pesar, que le desgarrá fieramente el corazón, y le hace quedar sumido en una agonía como para perder la vida. ¡Ah! si, después, pudiese llevaros en su seguimiento, mostrároslo cargado con su cruz por las calles de Jerusalén: a cada paso una caída, y a cada caída obligado a levantarse a cocios. ¡Ah! si pudiese hacer que os acercaseis al Calvario, donde un Dios ¡muere llorando nuestros pecados! ¡Ah!, digamos aún: ¡sería también preciso que Dios nos diese aquel amor ardiente que se apoderó del corazón del gran Bernardo, a quien la sola vista de la cruz hacía derramar lágrimas en tanta abundancia! ¡Ah! ¡bella y preciosa contrición, cuán dichoso es el que te posee!

Mas ¿a quién voy yo a dirigirme? ¿Dónde está el que la posee en su corazón? ¡Ay! no lo sé. ¿Sería a aquel empedernido pecador que, tal vez desde hace veinte o treinta años, tiene abandonados a su Dios y a su alma? ¡Ah! no, no, fuera esto empeño semejante al de quien quisiese reblandecer una peña echando agua encima, con lo cual no haría otra cosa que endurecerla más. ¿Sera, por ventura, a aquel cristiano que menospreció misiones, ejercicios, jubileos y todos los sermo-

nes de sus pastores? ¡Ah! no, no, esto sería querer calentar el agua echándole hielo. ¿Será, pues, a aquellas personas que se contentan con cumplir el precepto pascual, que continúan en el mismo género de vida, y que todos los años han de repetir los mismos pecados? ¡Ah! no, no, éstas son víctimas que la cólera de Dios está cebando para servir de alimento a las llamas eternas. ¡Ah! hablando más propiamente, digamos que son ellos semejantes a unos criminales que llevan los ojos vendados, y que, mientras aguardan su ejecución, se entregan a todo lo que su corazón corrompido pueda desear. ¿Será, pues, a aquellos cristianos que, confesando cada tres semanas o cada mes, recaen todos los días? ¡Ah! no, no, éstos son ciegos que no saben lo que hacen ni lo que deben hacer. ¿A quién, pues, podré dirigirme? ¡Ay! no lo sé... ¡Oh, Dios mío! ¿dónde habremos de ir para hallar la contrición, a quién deberemos buscar para que nos la muestre? ¡Ah! Señor, bien sé de dónde viene y quién la da: ella viene del cielo, y sois Vos quien la otorgáis. ¡Oh, Dios mío! dignaos concedernos aquella contrición que devora y desgarrar nuestros corazones. ¡Ah! ¡esa bendita contrición que desarma la divina justicia, que cambia nuestra eternidad desdichada en eternidad venturosa! ¡Ah! ¡no nos deneguéis esa contrición que derriba todos los planes y artificios del demonio; esa contrición que tan rápidamente nos devuelve la amistad de Dios! ¡Ah! ¡hermosa virtud, cuán necesaria, mas cuán rara eres! Y sin embargo, sin ella no hay que pensar en el perdón, ni en el cielo; aun más, sin ella todo está perdido para nosotros, penitencias, caridad, limosnas y todo cuanto podamos practicar.

Mas, os diréis vosotros, ¿qué es lo que significará esta palabra contrición, y por qué señales podremos conocer que la poseemos? ¿Quieres saberlo, amigo mío? Helo aquí. Escúchame un momento: ahora vas

a ver si la posees o no, como también vas a conocer el medio de poseerla. Comencemos por un detalle en extremo sencillo: si me preguntas ¿qué es la contrición?, te diré que es un dolor del alma y una detestación de los pecados cometidos, junto con una firme resolución de no recaer. Sí, H. M., esta disposición es la más necesaria entre las que Dios exige para perdonar al pecador; no solamente es ella necesaria, sino que cabe añadir que nada puede dispensarnos de la misma. Una enfermedad que nos priva del uso de la palabra puede dispensarnos de la confesión, una muerte súbita puede dispensarnos de la satisfacción, al menos en esta vida; mas no acontece lo mismo con la contrición: sin ella es imposible, absolutamente imposible obtener el perdón de los pecados. Sí, H. M., podemos afirmar, por desgracia, que la falta de contrición es la causa de un número infinito de confesiones y comuniones sacrílegas; pero lo que es aún más deplorable es que casi nunca se dé cuenta uno de la tal falta, y viva y muera en tan infeliz estado. Y nada más fácil de comprender, H. M. Si tenemos la desgracia de ocultar un pecado en nuestras confesiones, ese crimen permanece continuamente ante nuestros ojos como un monstruo que amenaza devorarnos, lo que hace que un día u otro nos descarguemos de él. Mas no sucede lo mismo con la contrición; nos confesamos, pero en la acusación que de nuestros pecados hacemos, para nada interviene nuestro corazón; recibimos la absolución, nos acercamos a la Sagrada Mesa con el corazón tan frío, tan insensible, tan indiferente cual si viniésemos de contar una historia; y así continuamos de día en día, de año en año, hasta que al fin llegamos a la muerte creyendo habernos portado bien; mas sólo hallamos, sólo vemos crímenes y sacrilegios engendrados por nuestras confesiones. ¡Oh, Dios mío! ¡cuántas malas confesiones por defecto de contrición! ¡Oh, Dios mío!

¡ cuántos cristianos a la hora de la muerte no van a hallar en su conciencia más que confesiones indignas ! Pero no vayamos más lejos para no turbaros ; mas ¡ qué digo ! ¡ Ah ! precisamente en esta ocasión es cuando convendría que os llevase a dos pasos de la desesperación, a fin de que, espantados del estado en que os halláis, pudieseis mejorarlo, sin esperar al momento en que conoceréis vuestra miseria y no la podréis reparar. Pero vengamos, H. M., a la explicación que os debo, y vais a ver si, las veces que os habéis confesado, tuvisteis el dolor necesario, absolutamente necesario, para alimentar la esperanza de que vuestros pecados os sean perdonados.

He dicho que la contrición es un dolor del alma. Es necesario que el pecador llore sus pecados o en este mundo o en el otro. En este mundo, podéis borrarlos mediante la pena que sentís de haberlos cometido ; mas en el otro, no. Oh ¡ cuán agradecidos deberíamos estar a la bondad de Dios, porque, en lugar de esas lamentaciones eternas y de esos dolores desgarradores que merecemos sufrir en la otra vida, es decir en el infierno, se contenta solamente con que nuestros corazones se sientan conmovidos por un verdadero pesar, el cual será seguido de una eterna alegría ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ con cuán poco os contentáis !

1.º He dicho que este dolor debe estar adornado de cuatro cualidades : faltándole solamente una, ya no podemos obtener el perdón de nuestros pecados. Primera cualidad : el dolor ha de ser *interno*, es decir, que salga del fondo del corazón. No consiste, pues, en lágrimas : ellas serán útiles y buenas, es cierto, mas no necesarias. En efecto, cuando San Pablo y el buen Ladrón se convirtieron, no se habla de que llorasen, y, sin embargo, su dolor fué sincero. No, H. M., no, no es en las lágrimas en lo que debemos confiar : a veces hasta son engañosas ; muchas personas lloran ante

el tribunal de la penitencia, y caen a la primera ocasión. Mas ved cuál es el dolor que Dios quiere de nosotros. Escuchad lo que nos dice el profeta Joel: «¿Habéis tenido la desgracia de pecar? ¡Ah! hijos míos, ¡romped y desgarrad vuestros corazones!» (1). Si habéis perdido al Señor a causa de vuestros pecados, buscadle con toda el alma, en la aflicción y la amargura de vuestro corazón. ¿Por qué, H. M., quiere Dios que nuestro corazón se arrepienta? Porque es nuestro corazón el que ha pecado: «De vuestro corazón, dice el Señor, es de donde nacieron todos esos malos pensamientos y malos deseos» (2); si nuestro corazón ha hecho el mal, es preciso que se arrepienta; sin esto Dios no nos perdonará jamás.

2.º Digo también que el dolor que de nuestros pecados debemos sentir, ha de ser *sobrenatural*, es decir que sea el Espíritu Santo quien nos lo suscite, y no meras causas naturales. Ved la diferencia: afligirse por haber cometido tal o cual pecado, porque por él quedamos excluidos del cielo y merecemos el infierno, son motivos sobrenaturales, el Espíritu Santo es su autor; esto puede traernos una verdadera contrición. Mas afligirse por causa de la vergüenza que el pecado consigo trae aparejada, así como de los males que nos ocasiona, como por ejemplo, la deshonra en un joven que ha perdido la reputación, o el deshonor en otro que ha sido sorprendido mientras robaba a su vecino; todo esto no es más que un dolor natural que no nos hace merecedores del perdón. De aquí podemos fácilmente deducir que el dolor y arrepentimiento de nuestros pecados pueden venir o del amor que por Dios sentimos, o del miedo de los castigos. Aquel que en su arrepentimiento solamente considera a Dios, tie-

(1) Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra (Joël., II, 13).

(2) De corde enim exeunt cogitationes malae, homicidia, adulteria. (Matth., XV, 19).

ne una contrición perfecta, disposición tan eminente que por sí sola purifica al pecador antes de recibir la gracia de la absolución, mientras esté dispuesto a recibirla cuando le sea posible. Pero aquel que sólo se arrepiente de los pecados por temor de los castigos que por ellos ha merecido, no tiene más que una contrición imperfecta, la cual no le justifica; ella solamente le dispone a recibir su justificación en el sacramento de la Penitencia (1).

3.º Tercera condición de la contrición: ha de ser *suma*, o sea el mayor de todos los dolores, mayor digo yo, que el que experimentamos al perder nuestros padres, nuestra salud, y en general todo cuanto más querido por nosotros haya en el mundo. Si después de haber pecado no tenéis, pues, tal pesar, temblad por vuestras confesiones. ¡Ay! ¡cuántas veces, por haber perdido un objeto que no vale más allá de dos reales, lloramos, nos inquietamos por espacio de muchos días, hasta perder las ganas de comer, ¡ay!... y por los pecados, con frecuencia por pecados mortales, no derramamos una lágrima, ni exhalamos un solo suspiro! Oh, Dios mío, ¡cuán poco conoce el hombre lo que hace al pecar! — Mas ¿por qué, diréis vosotros, debe ser tan grande nuestro dolor? — He aquí la razón, amigo mío. Debe ser proporcionado a la pérdida que experimentamos y a la desgracia que por el pecado nos sobreviene. Conforme a esto, juzgad cuál debe ser nuestro dolor, teniendo en cuenta que el pecado nos hace perder el cielo con todas sus dulzuras. Mas ¡ah! ¿qué digo? ¡Si nos hace perder al mismo Dios con todas las ventajas de su amistad, y nos precipita en el in-

(1) La contrición que nace de la consideración de los castigos merecidos por el pecado, con tal que sea sobrenatural, dispone al pecador para recibir la justificación por la absolución, en el sacramento de la Penitencia; mas por sí sola no le justifica. *Goncilio Tridentino*, Sesión XIV, c. IV.

fierno que es la mayor de todas las desdichas ! — Pero, pensaréis tal vez, ¿cómo podremos cerciorarnos de que tenemos esa verdadera contrición? Nada más fácil. Si tenéis verdadera contrición, no obraréis ni pensaréis ya como antes, pues os habrá totalmente transformado en vuestra manera de vivir : odiaréis lo que antes amabais, y amaréis aquello de que antes huisteis y que menospreciasteis ; es decir, que si os habíais confesado de ser orgullosos en vuestras acciones y en vuestras palabras, es preciso que ahora respiréis bondad y caridad para con todo el mundo. No sois vosotros quien ha de juzgar si habéis hecho buena confesión, pues os podríais engañar ; sino que se requiere que las personas que os vieron y oyeron antes de confesaros, puedan decir : «No es el mismo ; se ha realizado en él un gran cambio». ¡ Ay ! ¡ Dios mío ! ¿ dónde están las confesiones que causan ese bien tan grande ? ¡ Oh, cuán escasas son ! ¡ y cómo lo son también aquellas que están adornadas de todos los requisitos exigidos por Dios !

Reconozcamos, H. M., para confusión nuestra, que si nos presentamos tan poco contritos, ello no puede provenir más que de nuestra poca fe y de nuestra falta de amor para con Dios Nuestro Señor. ¡ Ah ! si tuviésemos la dicha de comprender cuán bueno es Dios y cuánta enormidad encierra el pecado, y cuán negra es nuestra ingratitud al ultrajar a tan buen Padre, ¡ ah ! sin duda compareceríamos afligidos, y en forma muy distinta que hasta ahora. ¡ Ah !, me dirá alguno, cuando me confieso, bien quisiera tener esa contrición, pero no puedo. Mas ¿ qué os he dicho al principio ? ¿ No os he dicho que ella venía del cielo, y que debíamos pedirla al mismo Dios ? ¿ Qué hicieron los santos, H. M., para merecer esa dicha de llorar sus pecados ? La pidieron a Dios mediante el ayuno, la oración y toda suerte de penitencias y buenas obras ; mas en vuestras solas lágrimas nunca debéis confiar.

Y voy a demostrároslo : abrid los libros sagrados y quedaréis convencidos. Mirad a Antíoco, cómo llora, y con qué insistencia pide misericordia ; sin embargo, nos dice el Espíritu Santo, con su llanto bajó al infierno. Mirad a Judas : concibió tan gran dolor de su pecado, lo lloró tan amargamente, que acabó ahorcándose. Ved a Saúl : exhala clamores horribles por haber tenido la desgracia de despreciar al Señor, y no obstante está en el infierno. Mirad a Caín : cuántas lágrimas derrama por su pecado, sin embargo arde en el fuego eterno. ¿Quién de nosotros, H. M., al ver derramar tantas lágrimas y mostrar tal arrepentimiento, no hubiera creído que el buen Dios los había perdonado? No obstante, ninguno de ellos alcanzó el perdón ; mientras que David, desde el momento que dijo : «He pecado», en seguida su falta quedó borrada (1). — Y ¿por qué es así, me dirás? ¿Por qué esta diferencia entre los primeros, que no son perdonados, y David, que lo es?—Aquí la tienes, amigo. Es que los primeros no se arrepienten ni detestan sus pecados más que por causa de los castigos y de la infamia que el pecado trae consigo aparejada, sin referirlo a Dios para nada ; mientras que David lloró sus pecados, no en vista de los castigos que el Señor iba a infligirle, sino considerando el ultraje que con sus pecados había hecho a Dios. Fué tan vivo y tan sincero su dolor, que Dios no pudo denegarle el perdón. Antes de confesarte ¿pides a Dios la contrición? ¡Ay! tal vez no lo hiciste jamás. ¡Ah! tiembla por tus confesiones ; ¡ah! ¡cuántos sacrilegios! ¡Oh, Dios mío! ¡cuántos cristianos condenados!

4.º Ha de ser además *universal*. Hallamos ya en las vidas de los Santos, a propósito del universal dolor que debemos tener de nuestros pecados, que, si no los

(1) II Reg., XII, 13.

detestamos todos, no se nos perdonará ninguno. Refiérese que San Sebastián, estando en Roma, hacía grandes milagros, los cuales llenaron de admiración al gobernador Chromos, quien sintiéndose, en aquella época, presa de terrible enfermedad, manifestó ardientes deseos de verle, para pedir al Santo la curación de sus males. Al estar el Santo en su presencia, le dijo el gobernador : «Hace largo tiempo que estoy sufriendo, cubierto de llagas, sin que haya podido hallar hombre alguno en el mundo que me haya podido librar de mis males ; corre el público rumor de que tú alcanzas cuanto quieres de tu Dios ; si quisieras pedirle mi curación, te prometería hacerme cristiano». «Pues bien, le dijo el Santo, si estás firme en tal propósito, te prometo de parte del Dios a quien adoro, que es el Creador del cielo y de la tierra, que, en cuanto hayas roto todos tus ídolos, quedarás perfectamente curado.» Respondióle el gobernador : «No solamente estoy dispuesto a hacer este sacrificio, sino otros mayores, si fuera preciso». En cuanto se despidieron, el gobernador comenzó a destruir sus ídolos ; mas el último que tomó para romperlo, parecióle tan respetable, que no tuvo valor para destruirlo ; lo guardó, creyendo que tal reserva no le impediría la curación. Pero volviendo a sentir sus dolores más violentos que nunca, fuése muy enojado a encontrar al Santo, y le dirigió los más duros reproches, porque, después de haber roto sus ídolos, como le había ordenado, lejos de curar sufría más todavía. «Pero, díjole el Santo, ¿los has destruído todos sin reservar ni uno solo?» «¡ Ay ! dijo el gobernador llorando, no me queda más que uno muy pequeño, el cual desde largos años se conserva en nuestra familia ; ¡ ah ! ¡ es demasiado precioso para destruirlo !» «Pues bien, dijo el Santo, ¿es eso lo que me habías prometido? Anda, rómpelo, y quedarás curado.» Lo tomó, rompiólo, y al momento quedó curado. Aquí tenéis,

H. M., un ejemplo que nos pinta la conducta de un número infinito de gentes, que se arrepienten de un cierto número de pecados, mas no de todos, y que, a semejanza de aquel gobernador, lejos de curar las llagas que el pecado causó en su pobre alma, las abren aún más profundas; y mientras no hagan como aquél, destruir el ídolo, o sea romper el hábito de ciertos pecados, mientras no abandonen aquella mala compañía, ese orgullo, ese deseo de agradar, esa afición a los bienes terrenos, todas sus confesiones no harán más que añadir crímenes sobre crímenes, sacrilegios sobre sacrilegios. ¡ Ah ! ¡ qué horror, qué abominación, Dios mío ! Y en ese estado viven muchos tranquilos, mientras el demonio les prepara sitio en el infierno.

En la historia leemos un ejemplo que nos muestra cómo los Santos tenían por necesario el dolor de los pecados para alcanzar el perdón de los mismos. Habiendo caído enfermo un oficial del Papa, éste que, por su virtud y santidad, le apreciaba mucho, envióle uno de sus cardenales para testimoniarle el dolor que le causaba su enfermedad, y al mismo tiempo para que le aplicase las indulgencias plenarias. « ¡ Ay ! dijo el moribundo al cardenal, decid al Padre Santo que quedo infinitamente agradecido a su tierna solicitud para conmigo, pero decidle también que seré infinitamente más feliz si quiere pedir a Dios por mí la contrición de mis pecados. ¡ Ay !, exclamaba, ¿ de qué me servirá todo aquello, si mi corazón no se rompe ni se desgarrar de dolor por haber ofendido a un Dios tan bueno ? ¡ Dios mío !, exclamaba aquel pobre moribundo, ¡ haced, si es posible, que el dolor de mis pecados iguale a los ultrajes que contra Vos he cometido !... »

¡ Oh, H. M. ! cuán raros son tales arrebatos de dolor ! ¡ ay ! son tan raros como las buenas confesiones. Sí, H. M., un cristiano que ha pecado y que quiere alcanzar el perdón, ha de estar dispuesto a sufrir las

más espantosas crueldades antes que recaer en los pecados de que se acaba de confesar. 1.º Voy a demostrarlo con un ejemplo, y considerad que si, después de nuestras confesiones, no aparecemos en disposición semejante, no hay que hablar de perdón... Leemos en la historia del siglo cuarto, que Sapor, emperador de los persas, fué cruel enemigo de los cristianos, y mandó que todos los sacerdotes que no adorasen el Sol ni le reconociesen por Dios, fuesen condenados a muerte. Al primero que hizo prender, fué al arzobispo de Seleucia, que era San Simeón. Primero intentó seducirle, halagándole con toda suerte de promesas. No pudiendo lograr nada, y en la esperanza de atemorizarlo, le mostró todos los tormentos que su crueldad había podido inventar para hacer sufrir a los cristianos, y le dijo que si su tenacidad le llevaba a rechazar lo que él le ordenaba, le obligaría a obedecer sometién-dole a los más espantosos tormentos, a más de que expulsaría a todos los sacerdotes y cristianos de su reino. Pero, al verle inmovible como una roca en medio del mar azotado por las tormentas, ordenó que fuese encarcelado, con la esperanza de que la consideración de los tormentos que le esperaban le haría mudar de sentimientos. En el camino de la cárcel se encontró el Santo con un viejo eunuco superintendente del palacio imperial. Este, movido a compasión al ver tan indignamente tratado un santo obispo, postróse ante él para testimoniárle el respeto que hacia su persona sentía. Mas el obispo, lejos de mostrarse reconocido al testimonio respetuoso de aquel eunuco, volvióse hacia otro lado como reproche a su apostasía, ya que en otro tiempo había sido cristiano y católico. Aquella repulsa no esperada, movió tanto al eunuco, le penetró tan vivamente en el corazón, que desde aquel momento mismo no pudo ya dominar sus lágrimas y sollozos. Parecióle tan horrible el crimen de apostasía, que, despojándose

prontamente de las blancas vestiduras con que estaba revestido, tomó otras de color negro, corrió a guisa de un desesperado a arrojarle a las puertas de palacio, y allí entregóse a las angustias del más acerbo dolor. «¡ Ah ! desgraciado, se decía, ¿ qué va a ser de ti ? ¡ Ay ! ¡ qué castigos habrás de esperar de Jesucristo cuya fe has renunciado, cuando eres tan sensible al reproche de un obispo que no es más que un ministro de Aquel a quien tan vergonzosamente has traicionado !... » Mas, enterado al emperador de lo que acontecía, y extrañado de un tal espectáculo, le preguntó : « ¿ Por qué causa experimentas tanto dolor y derramas tantas lágrimas ? » « ¡ Ah ! pluguiese a Dios, exclamó, que se me viniesen encima todas las desgracias del mundo, antes que la que es causa de mi dolor. ¡ Ah ! lloro porque la muerte no me arrancó de este mundo. ¡ Ah ! ¡ cómo podré mirar aún el sol, al que adoré por temor de desagradaros ! » El emperador, que le apreciaba por su fidelidad, intentó ganarle prometiéndole toda suerte de riquezas y favores. « ¡ Ah ! no, no, exclamaba el eunuco ; ¡ ah ! cuán dichoso seré si puedo, con mi muerte, reparar los ultrajes que a Dios he inferido, y recobrar el cielo que había perdido. Oh Dios mío y Salvador mío, ¿ tendréis todavía piedad de mí ? ¡ Ah, si al menos tuviese mil vidas a mi disposición para testimoniaros mi dolor y mi retorno ! ». El emperador, al oír hablar de esta manera, moría de rabia, y desconfiando poderle hacer volver de su propósito, le condenó a morir en los tormentos. Escuchadle mientras se dirige al suplicio : « ¡ Ah, Señor, qué dicha morir por Vos ! Sí, Dios mío, si tuve la desgracia de renegar de Vos, a lo menos tendré también la dicha de dar por Vos mi vida ». ¡ Ah ! ¡ dolor sincero, poderoso dolor, cuán pronto habéis recobrado la amistad de mi Dios !... »

Leemos en la vida de Santa Margarita, que fué tan grande el dolor que experimentó por un pecado come-

tido en su juventud, que lo lloró durante toda su vida. Estando a punto de morir, se le preguntó qué pecado había cometido que le hiciera derramar tantas lágrimas. «¡Ay!, exclamó llorando, ¿cómo no había yo de llorar? ¡Ah!, lo mejor, ¿por qué no hube de morir antes de cometer tal pecado? A la edad de cinco o seis años tuve la desgracia de decir una mentira a mi padre.» «Mas por esto, le dijeron, no hay para llorar tanto.» «¡Ah! ¡puede hablarse de esta manera! ¿Es que no habéis reflexionado nunca lo que es un pecado, el ultraje que hace a Dios, y los males que nos causa?» ¡Ah, H. M. ! ¿qué será de nosotros, cuando tantos Santos hicieron temblar las peñas y los desiertos con sus gemidos, y derramaron, por decirlo así, las lágrimas a torrentes, por unos pecados que nosotros tenemos como cosa de juego, en tanto que cometemos grandes pecados mortales, en número que, tal vez, supera al de los cabellos de nuestra cabeza? ¡Y ni una lágrima de dolor y arrepentimiento! ¡Ah! ¡triste ceguera a que nos han conducido nuestros desórdenes!

En la vida de los Padres del desierto, leemos que un ladrón llamado Jonatás, al verse perseguido por la justicia, corrió a refugiarse junto a la columna de San Simeón Estilita, esperando que el respeto hacia el Santo le libraría de la muerte. En efecto, nadie se atrevió a ponerle la mano encima. El Santo se puso a orar para pedir a Dios su conversión; al momento experimentó aquél un tan vivo dolor de sus pecados, que durante ocho días no hizo más que llorar. Al cabo de aquellos ocho días, pidió permiso a San Simeón para dejarle. Díjole el Santo: «Amado mío, ¿te vuelves al mundo para reanudar los desórdenes de tu vida?» — «¡Ah! Dios me libre de una tal desgracia; si os lo pido es para ir al cielo; he visto a Jesucristo y me ha dicho que, por el gran dolor que había concebido, estaban perdonados mis pecados.»—«Vete, hijo mío, le

dijo el Santo ; vete a cantar, en el cielo, las grandes misericordias que Dios ha ejercido contigo.» En aquel mismo momento cayó muerto, y refiere el mismo Santo que él vió a Jesucristo conduciendo su alma al cielo. ¡ Oh, hermosa muerte ! ¡ oh muerte preciosa la ocasionada por el dolor de haber ofendido a Dios !

¡ Ah ! si no morimos de dolor como esos grandes penitentes, a lo menos queramos, H. M., excitar en nosotros una verdadera contrición, imitemos al santo obispo recientemente fallecido, quien, para concebir un vivo dolor de sus pecados, cada vez que comparecía ante el tribunal de la penitencia, hacía tres estaciones. La primera en el infierno, la segunda en el cielo, la tercera en el Calvario. Ante todo, dirigía su pensamiento a los lugares de horror y tormento, figurábase ver a los condenados vomitando, por la boca, torrentes de llamas, dando alaridos y devorándose mutuamente ; este pensamiento helábale la sangre en las venas, pensaba no poder resistir más a la vista de tal espectáculo, sobre todo al considerar que sus pecados le habían hecho mil veces merecedor de aquel suplicio. De allí trasladábase su espíritu al cielo y pasaba revista a todos los tronos de gloria en que se sientan los bienaventurados ; representábase las lágrimas por ellos derramadas y las penitencias hechas durante su vida, por unos pecados tan leves de los cuales había él cometido tantos sin hacer nada para expiarlos, y esta negligencia le sumía en tan profunda tristeza que sus lágrimas parecían no poder agotarse. No contento con esto, dirigía sus pasos hacia el Calvario, y allí, a medida que se acercaba a la cruz donde Dios muriera por él, faltábanle las fuerzas, y quedaba inmóvil a la vista de los sufrimientos que sus pecados causaron a su Dios. Oíansele a cada momento estas palabras que pronunciaba en medio de sollozos : « ¡ Dios mío, Dios mío ! ¡ podré vivir aún, después de considerar los horrores que mis pecados os

causaron !» Aquí tenéis, H. M., lo que podemos llamar una verdadera contrición, ya que, como vemos, considera los pecados nada más que por lo que a Dios se refieren

II. — Hemos dicho que la verdadera contrición debe también incluir un propósito, o sea una firme resolución de no pecar más en lo futuro; es preciso que no sea un débil deseo de corregirse, sino una determinación formal de nuestra voluntad; jamás se nos perdonarán los pecados, si no renunciamos a ellos de todo corazón. Hemos de abundar en los mismos sentimientos del Profeta Rey: «Sí, Dios mío, os he prometido seros fiel y observar vuestros preceptos; con el auxilio de vuestra gracia guardaré mi fidelidad a ellos» (1). Y nos dice el Señor: «Que abandone el impío el camino de sus iniquidades, y sus pecados le serán perdonados» (2). Solamente cabe esperar misericordia para aquel que renuncia de todo corazón y para siempre a sus pecados, puesto que Dios no nos perdona sino en cuanto nuestro arrepentimiento es sincero y ponemos de nuestra parte todos los esfuerzos para no recaer. Por otra parte, ¿no sería acaso burlarse de Dios el pedirle perdón de un pecado que uno piensa volver de nuevo a cometer?

Pero, me diréis, ¿cómo puede un propósito firme conocerse y distinguirse de un deseo débil e insignificante? Si deseáis saberlo, H. M., atended un instante, que os lo voy a manifestar. De tres maneras puede conocerse: 1.^a por el cambio de vida; 2.^a por la fuga de las ocasiones próximas de pecar, y 3.^a por trabajar con todas sus fuerzas en corregirse y en destruir los malos hábitos.

(1) *Iuravi, et statui custodire iudicia iustitiae tuae (Ps. CXVIII, 106).*

(2) *Derelinquat impius viam suam... et revertatur ad Dominum, et miserebitur eius... quia multus est ad ignoscendum. (Is., LV, 7).*

Digo ante todo que la primera señal de un buen propósito es el cambio de vida ; él es el que con más seguridad nos lo demuestra y menos expuesto está a engañarnos. Vamos a explicarlo : una madre de familia se acusará tal vez de haberse dejado arrebatar a menudo contra sus hijos o su marido ; después de su confesión, id a visitarla en el interior de su hogar : nada de arrebatos ni maldiciones ; al contrario, observáis en ella dulzura, bondad y atenciones, aun con sus inferiores ; ni las cruces, ni los pesares ni las pérdidas consiguen hacerla perder la paz de su alma. ¿ Sabéis la razón, H. M. ? es porque su vuelta a Dios ha sido sincera, su contrición ha sido perfecta y, por consiguiente, ha recibido de verdad el perdón de sus pecados ; en fin, porque la gracia ha echado profundas raíces en su corazón y lleva allí frutos copiosos. Una joven vendrá a acusarse de haber seguido los placeres del mundo, los bailes, las reuniones, y otras malas compañías. Después de su confesión, si fué bien hecha, id a preguntar por ella en esa velada, o bien id a buscarla en esa diversión mundana ; ¿ qué se os dirá ? « Tiempo ha que no la vemos por aquí ; creo que, si usted quiere hallarla, tendrá que ir a la iglesia o a casa de sus padres ». Efectivamente, si queréis ir a casa de sus padres, allá la hallaréis ; ¿ y en qué se ocupa ? ¿ acaso en hablar de vanidades como en otro tiempo, o en contemplarse delante de un espejo, o en loquear con otras jóvenes ? ¡ Ah ! no, H. M., no es esa su labor, ha pisoteado todo eso ; la veréis leyendo libros piadosos, ayudando a su madre en los quehaceres domésticos, o instruyendo a sus hermanos y hermanas ; la veréis obediente y solícita para con sus padres ; gús-tale mucho estar en compañía de ellos. Si no la halláis en su casa, acudid a la iglesia. y allá la veréis testimoniando a Dios su gratitud por haber obrado en ella un cambio tan grande : mirad su modestia, su discreción,

su solicitud para con todos, tanto con los ricos como con los pobres ; la modestia está pintada en su semblante, su sola presencia os conduce hacia Dios. ¿ Por qué, me diréis, H. M., hay tantos bienes en ella ? ¿ Por qué, H. M. ? porque su dolor fué sincero y recibió de verdad el perdón de sus pecados. Otra vez será un joven que va a acusarse de haber concurrido a tabernas y casas de juego ; después de haber prometido al Señor abandonar todo lo que puede desagradarle, huye tanto de las tabernas y del juego cuanto antes los amaba. Antes de su confesión, su corazón no se ocupaba más que en cosas terrestres y malas ; ahora guarda sus pensamientos sólo para Dios y para el desprecio de las cosas del mundo. Todo su gozo está en conversar con Dios y en considerar los medios de salvar su alma. Tales son, H. M., las señales de una verdadera y sincera contrición ; si después de vuestras confesiones os sentís así, podréis esperar que vuestras confesiones han sido buenas y que vuestros pecados os han sido perdonados. Pero si practicáis todo lo contrario de lo que acabo de decir ; si, algunos días después de vuestras confesiones, se ve a esa joven que había prometido a Dios abandonar el mundo y sus placeres para no pensar más que en agradarle, si yo la veo, digo, como antes en sus reuniones mundanas ; si veo a esa madre tan colérica y negligente para con sus hijos y domésticos, tan quisquillosa con sus vecinos como antes de la confesión ; si hallo nuevamente a ese joven en sus juegos y tabernas, ¡ oh horror ! ¡ oh abominación ! ¡ oh monstruo de ingratitud ! ¡ Oh gran Dios ! ¡ en qué estado se halla esa pobre alma ! ¡ oh horror ! ¡ oh sacrilegio ! ¿ Serán los tormentos del infierno bastante rigurosos para castigar tal atentado ?

2.º Decimos que la segunda señal de una contrición verdadera es la fuga de las ocasiones próximas de pecado. Las hay de dos suertes : unas llevan por sí mismas, como por ejemplo, los libros malos, las comedias, los

bailes y saraos, las pinturas, esculturas, canciones impuras y la familiaridad con personas de distinto sexo; otras sólo constituyen ocasión de pecar a causa de las malas disposiciones en que el sujeto se halla: así los taberneros, los comerciantes que defraudan o que venden en domingo; una persona que no cumple los deberes del cargo que ocupa, ya sea por respeto humano, ya por ignorancia. ¿Qué debe hacer, pues, el que se halla en tal situación? Vedlo aquí: por costoso que sea, debe abandonar aquello que constituye ocasión próxima, sin lo cual no hay que pensar en la salvación. Nos dice Jesucristo (1) que «si nuestro ojo o nuestra mano nos escandalizan, debemos arrancarlos y arrojarlos lejos de nosotros; pues, nos dice El, vale más entrar en el cielo con un ojo o un brazo de menos, que ser arrojados al infierno teniendo íntegro nuestro cuerpo»; es decir, por sensible que nos sea, por más que represente una pérdida considerable, en manera alguna hemos de dejar de apartar las ocasiones; si no lo hacemos, no hay que pensar en el perdón.

3.º Decimos que la tercera señal de un buen propósito es *poner todas las energías en destruir los malos hábitos*. Llámase hábito la facilidad que uno tiene en caer en los pecados antes cometidos. Es preciso, en primer lugar, vigilar cuidadosamente acerca de sí mismo, y ejecutar con frecuencia acciones contrarias: como, por ejemplo, si estamos dominados por el orgullo, deberemos ejercitarnos en practicar la humildad, complaciéndonos en ser despreciados, no buscando en nada, ni en las palabras ni en las acciones, la estimación del mundo; pensar siempre que lo que hacemos está mal hecho; si obramos el bien y socorremos a los demás, figurarnos indignos de que Dios se sirva de nosotros, considerándonos en el mundo como un ser que no hace

(1) Matth., V, 30.

más que despreciar a Dios durante toda su vida, y que merecemos que se hable de nosotros mucho peor de lo que se habla. ¿Nos domina la cólera? Entonces precisa practicar la mansedumbre, ya en las palabras, ya en la manera de portarnos con nuestro prójimo. Si estamos inclinados a la sensualidad, deberemos mortificarnos ya en la bebida, ya en la comida, en las palabras, en las miradas, e imponernos alguna penitencia a cada recaída. Si no tomáis estas precauciones, al recaer en vuestros pecados podéis muy rectamente concluir que todas vuestras confesiones nada valen, que no fueron más que sacrilegios, crimen tan horrible, que os sería imposible vivir si conocieseis su negrura, su horribilidad, su atrocidad...

Ved cuál es la conducta que hemos de observar: hemos de imitar al hijo pródigo, el cual, movido por el estado miserable en que sus desórdenes le habían sumido, sometióse dócilmente a cuanto su padre le exigía, para tener la dicha de reconciliarse con él. Ante todo, abandonó al momento el país donde tan mal había vivido, así como también a las personas que para él fueron ocasión de pecar; no se dignó ni tan sólo mirarlas al partir, convencido de que, en tanto no las hubiese dejado, no tendría la dicha de reconciliarse con su padre: de manera que después de su vuelta, para manifestar a su padre la sinceridad de su retorno, no deseó otra cosa que complacerle haciendo todo lo contrario de lo que hiciera hasta entonces (1). Ved cuál es modelo sobre el cual debemos calcar nuestra contrición: el conocimiento cabal de nuestros pecados, el dolor que de los mismos hemos de sentir, han de ponernos en disposición de sacrificarlo todo para no recaer en ellos. ¡Oh! ¡cuán raras son tales contriciones! ¡Ay! ¿dónde hallaremos quien esté dispuesto a perder

(1) Luc., XV.

hasta la vida, antes que volver a caer en los pecados de que se confesó? ¡ Ah ! ¡ en ninguna parte acierto yo a verlo ! ¡ Ay ! cuántos, por el contrario, nos dice San Juan Crisóstomo, no hacen más que confesiones de teatro, que cesan solamente de pecar por unos momentos, sin dejar jamás enteramente el pecado ; los cuales, nos dice, son semejantes a los comediantes cuando representan combates sangrientos y empuñados, que parecen darse de verdad, unos a otros, golpes mortales ; allí se ve a tal o cual derribado en tierra, extendido cuan largo es, vertiendo su sangre : diríamos verdaderamente que ha perdido la vida ; mas aguardad a que baje el telón y le veréis levantarse lleno de fuerzas y salud, tal como estaba antes de la representación de la obra teatral. Ved aquí, nos dice, el estado de la mayor parte de los que comparecen ante el tribunal de la penitencia. Al oírles gemir y suspirar por causa de los pecados de que se acusan, diríais no ser ya los mismos, diríais que en adelante su comportamiento va a ser totalmente distinto del que tuvieron hasta el presente. Pero, ¡ ay ! aguardad, no digo ya cinco días, sino uno o dos, y los hallaréis iguales que antes de la confesión : los mismos arrebatos, la misma venganza, la misma glotonería, la misma negligencia en sus deberes religiosos. ¡ Ay ! ¡ cuántas malas confesiones !

¡ Ah ! hijos míos, nos dice San Bernardo, ¿ queréis tener una verdadera contrición de vuestros pecados ? Contemplad esa cruz en la que vuestro Dios fué clavado por amor vuestro ; ¡ ah ! pronto sentiréis correr vuestras lágrimas, así como veréis quebrantado vuestro corazón por el dolor. Realmente, H. M., lo que tantas lágrimas hizo derramar a Santa Magdalena en el desierto—nos dice el gran Salviano—no fué otra cosa que la vista de la cruz. Leemos en su vida, que, después de la Ascensión del Señor, y habiéndose retirado a la soledad, pidió a Dios la gracia de llorar durante su vida

las culpas de su juventud. Hecha esta oración, apareciósele el arcángel San Miguel en el lugar donde hacía penitencia, y clavó una cruz en la puerta de su morada; arrojóse ella a sus plantas cual lo hiciera en el Calvario, y lloró durante su vida con tanta abundancia, que sus ojos semejaban dos fuentes. Refiere el gran Ludolfo que cierto día un solitario pidió a Dios lo que fuese más eficaz para enternecer su corazón a fin de llorar sus pecados. En el mismo momento se le apareció el Salvador tal como estaba en el árbol de la cruz, cubierto de llagas, tembloroso, cargado con una pesada cruz, y le dijo: «Mírame, y aunque tu corazón fuese más duro que las peñas del desierto, se quebrantará y no podrá soportar la visión de los dolores que los pecados del género humano me causaron». Aquella aparición le conmovió tanto, que, hasta la hora de la muerte, su vida fué una vida de lágrimas y de sollozos. Después se dirigió a los ángeles y a los santos, invitándolos a llorar con él por los tormentos que los pecados habían causado a un Dios tan bueno. Leemos en la historia de Santo Domingo que, habiendo un religioso pedido a Dios la gracia de llorar sus pecados, se le apareció Jesucristo con las cinco llagas abiertas, de las cuales brotaba sangre en abundancia. Después de haberle abrazado, Jesús le invitó a acercar sus labios a la abertura de sus llagas; sintió él tan vivamente aquella dicha, que sus ojos se deshicieron en lágrimas hasta tal punto que no acertaba a comprender cómo podía derramar tantas. ¡Oh! ¡cuán dichosos, H. M., esos grandes penitentes, al derramar tantas lágrimas llorando sus pecados, movidos por el temor de tener que llorarlos más fatalmente en la otra vida! ¡Oh! ¡cuánta diferencia entre ellos y los cristianos de nuestros días, culpables de tantos pecados, y, sin embargo, tan reacios al remordimiento y a las lágrimas!... ¡Ay! ¿qué va a ser de nosotros? ¿a dónde iremos a parar? ¡Oh! ¡cuántos cristianos

perdidos ! ya que, o hay que llorar los pecados en este mundo, o ir a llorarlos en los abismos. ¡ Oh Dios mío ! ¡ dadnos aquel dolor y aquel pesar eficaces para recordar vuestra amistad !

¿ Qué deberemos sacar, H. M., de cuanto acabamos de decir ? Vedlo aquí : hemos de pedir constantemente a Dios horror al pecado, saber huir las ocasiones de pecado y no perder nunca de vista que los condenados, si arden y lloran en el infierno, es porque no se arrepintieron de sus culpas en este mundo, ni quisieron dejar el pecado. No, por grandes que sean los sacrificios a que nos veamos obligados, nunca han de ser capaces de detenernos ; tenemos necesidad absoluta de luchar, de sufrir, de gemir en este mundo, si queremos tener el honor de ir a cantar a Dios sus alabanzas por toda una eternidad : esta es la gracia que os deseo...

JUEVES SANTO

Caro mea vere est cibus.

Mi carne es verdaderamente comida.

(S. Juan, VI, 56).

¿Podremos hallar en nuestra santa religión, H. M., un momento más precioso, una circunstancia mas feliz, que aquel instante en que Jesucristo instituyó el adorable Sacramento de los altares? No, H. M., no, puesto que esta circunstancia nos recuerda y atestigua el inmenso amor de un Dios a las criaturas. Ciertamente que, en todo cuanto Dios ha hecho, manifiéstanse sus perfecciones infinitas. Al crear el mundo, hizo brillar la grandeza de su omnipotencia; gobernando el vasto universo, nos muestra una sabiduría incomprensible; y hasta podemos decir con el Salmo CIII (1): «Sí, Dios mío, sois infinitamente grande en las cosas más pequeñas, y en la creación del más vil insecto». Mas lo que nos manifiesta en la institución de este gran Sacramento de amor, no es solamente su poder y sabiduría, sino además el inmenso amor de su corazón. «Sabido muy bien que se acercaba el tiempo de volver al Padre», no pudo resignarse a dejarnos solos en la tierra y en medio de tantos enemigos afanosos de nuestra pérdida. Sí, Jesucristo, antes de instituir este Sacramento de amor, sabía muy bien a cuántos desprecios y profanaciones se expondría; mas nada fué bastante para detenerle; quiere que nos quepa la dicha de hallarle cuantas veces andemos en su busca, y así, por este gran

(1) *Quam magnificata sunt opera tua, Domine!... Animalia pussilla cum magnis* (Ps. CIII, 23-25).

Sacramento, se compromete a permanecer día y noche entre nosotros ; y en El hallaremos a un Dios Salvador, que cada día se inmolará por nosotros a la justicia del Padre. ¡ Oh, pueblo dichoso ! ¿ quién ha comprendido jamás el tesoro que posees ?

A fin de inspiraros un gran respeto y amor a Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía, os mostraré ahora lo mucho que Jesús nos ha amado al instituirlo. ¡ Oh, qué felicidad, H. M. ! ¡ una criatura recibir a su Dios ! ¡ tomarlo como alimento ! ¡ hasta cebarse con El ! ¡ Oh, amor infinito, inmenso e incomprensible !... ¡ Y un cristiano piensa y considera esto, sin morir de amor y de espanto a la vista de su indignidad !...

I. — No hay duda que, en todos los sacramentos que Jesucristo ha instituido, nos muestra una misericordia infinita. En el sacramento del Bautismo, nos arranca de las manos de Lucifer, y nos convierte en hijos de Dios Padre ; nos abre el cielo, que para nosotros estaba cerrado ; nos hace participantes de todos los tesoros de la Iglesia ; y, si somos fieles a nuestras promesas, tenemos la seguridad de una bienaventuranza eterna. En el sacramento de la Penitencia, nos muestra su infinita misericordia, y nos hace participantes de ella ; pues, por dicho sacramento, nos libra del infierno, al que nuestros pecados de malicia nos arrastraban, y nos aplica de nuevo los infinitos méritos de su pasión. En el sacramento de la Confirmación, a fin de que podamos conducirnos bien en el camino de la virtud, nos da un espíritu de luz que nos hace conocer el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar ; además, nos comunica un espíritu de fortaleza que nos ayude a vencer todos los obstáculos que se presenten al llevar a cabo la obra de nuestra salvación. En el sacramento de la Extremaunción, vemos con los

ojos de la fe cómo Jesucristo nos cubre con los méritos de su pasión y muerte. En el del Orden, da Jesucristo grande y singular potestad a los sacerdotes; ellos son quienes le hacen descender... En el sacramento del Matrimonio, vemos cómo Jesucristo santifica todas nuestras acciones, hasta aquellas que parecen obedecer únicamente a las corrompidas inclinaciones de la naturaleza.

Estas son, me diréis, manifestaciones de misericordia dignas de un Dios infinito en todo. Pero en el adorable sacramento de la Eucaristía, aun llega más allá: todo esto no parece más que un ensayo de amor a los hombres; quiere El, para el bien de las criaturas, que su cuerpo, su alma y su divinidad se hallen en todos los rincones del mundo, a fin de que podamos hallarle cuantas veces lo descemos, a fin de que en El hallemos toda suerte de dicha y felicidad. Si sufrimos penas y disgustos, El nos alivia y nos consuela. Si caemos enfermos, o bien será nuestro remedio, o bien nos dará fuerzas para sufrir, a fin de que merezcamos el cielo. Si nos hacen la guerra el demonio y las pasiones, nos dará armas para luchar, para resistir y para alcanzar victoria. Si somos pobres, nos enriquecerá con toda suerte de bienes en el tiempo y en la eternidad. Vosotros vais a pensar: bastantes son ya esas gracias. ¡Oh! no, H. M., aun no está satisfecho su amor. Todavía tiene otros dones para otorgarnos, dones que su inmenso amor halló en su corazón abrasado por el mundo ingrato, el cual sólo parece aceptar tal cúmulo de bienes para ultrajar a su bienhechor. Mas no pensemos en eso, H. M., dejemos por un momento la ingratitude de los hombres, abramos las puertas de este sagrado y adorable Corazón, encerrémonos por un momento en medio del ardor de sus llamas, y veremos entonces hasta dónde llega el poder de un Dios que nos ama. ¡Oh, Dios mío! ¡quién será capaz de comprenderlo, y a

la vez no morirá de amor y de dolor, al ver por una parte tanta caridad, y por otra tanto desprecio e ingratitud.

Leemos en el Evangelio que Jesucristo, sabiendo que era ya llegado el momento en que los judíos iban a darle muerte, dijo a sus apóstoles «que deseaba en gran manera celebrar con ellos la Pascua» (1). Habiendo llegado aquella hora para nosotros tan feliz, sentóse a la mesa con ánimo de dejarnos una prenda de su amor. Después levantóse de la mesa, dejó sus vestidos, y se ciñó una toalla en la cintura; echó agua en un cubo, y púsose a lavar los pies de sus apóstoles, incluso Judas, con todo y conocer que dentro de poco iba a perpetrar su traición. Con aquel preliminar, quiso mostrarnos la gran pureza con que debemos acercarnos a El (2). Sentado de nuevo a la mesa, tomó un pedazo de pan en sus santas y venerables manos; después, elevando sus ojos al cielo para dar gracias a su Padre, y a fin de darnos a entender que aquel gran don venía del cielo, lo bendijo, y lo distribuyó entre sus apóstoles, diciéndoles: «Comed todos de él, esto es verdaderamente mi Cuerpo, el cual será entregado por vosotros». Tomando después el cáliz, en el que había vino mezclado con agua, lo bendijo también, y se lo ofreció, diciéndoles: «Bebed todos de este cáliz, esta es mi Sangre, la cual será derramada para remisión de los pecados, y cuantas veces pronunciéis estas palabras, obraréis el mismo milagro; es decir, transformaréis el pan en mi Cuerpo y el vino en mi Sangre». ¡Cuánto amor para con nosotros, H. M., es el que muestra todo un Dios en la institución del adorable sacramento de la Eucaristía! Decidme, H. M., ¿de qué respetuoso sen-

(1) Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum (Luc., XXII, 15).

(2) Quiso enseñarnos dos cosas: la pureza y la humildad (Nota del Santo).

timiento hubiéramos estado penetrados, si entonces nos hubiésemos hallado en este mundo, y presenciado con nuestros propios ojos a Jesucristo instituyendo este santo Sacramento de amor? No obstante, H. M., este gran milagro se opera cada vez que el sacerdote celebra la santa Misa, en la que nuestro divino Salvador se digna bajar a nuestros altares. ¡ Ah ! si tuviésemos viva esta creencia, ¿ de qué respeto no deberíamos estar penetrados ? ¡ Con qué reverencia y temor compareceríamos ante ese gran sacrificio, en el que Dios nos muestra la magnitud de su amor y de su poder ! No dudo que vosotros lo creéis todo esto ; pero obráis cual si no lo creyeseis.

Si necesitáis que os haga comprender la grandeza de este misterio, escuchadme, y vais a ver cuán grande habría de ser la reverencia con que debiéramos mirarlo. Leemos en la historia que un sacerdote que celebraba la santa Misa en una iglesia de la ciudad de Bolsena, después de haber pronunciado las palabras de la consagración, dudó de la presencia real del Cuerpo de Jesucristo en la santa Hostia, es decir, dudó de si las palabras de la consagración habían verdaderamente transformado el pan en Cuerpo de Jesucristo y el vino en su Sangre, y al momento quedó la santa Hostia cubierta de sangre. Con ello Jesucristo pareció querer reprender la poca fe de su ministro, y al mismo tiempo llevarle a arrepentirse, volverle la fe que, con su duda, acababa de perder ; y además quiso mostrarnos, mediante aquel gran milagro, cuán ciertos hemos de estar de su presencia en la sagrada Eucaristía. Aquella Hostia santa derramó sangre con tanta abundancia, que quedaron teñidos con ella el corporal, los manteles y el mismo altar. El Papa, a quien se comunicó milagro tan extraordinario, ordenó que se trajese a su presencia aquel corporal ensangrentado ; fué llevado a la ciudad de Orvieto, donde se le recibió con

extraordinaria pompa, y fué depositado en el templo. Después se construyó una iglesia magnífica para guardar aquel precioso depósito; además, todos los años, en la fiesta del Corpus, es llevada en procesión tan preciosa reliquia (1). Ved, pues, H. M., cómo aquellos que se dejan llevar de la duda, al oír esto habrán de confirmarse en la fe. Pero, Dios mío, ¿cómo podremos dudar, después de las palabras del mismo Jesucristo, que dijo a sus apóstoles, y en su persona a todos los sacerdotes: «Cuántas veces pronunciéis estas mismas palabras, haréis el mismo milagro, es decir, haréis lo que yo he hecho, transformareis el pan en mi Cuerpo y el vino en mi Sangre»?

¡No hay mayor amor, H. M., no hay mayor caridad que la manifestada por Jesucristo, al escoger la víspera del día en que debía dársele muerte, para instituir un Sacramento por el cual iba a permanecer en medio de nosotros, para ser nuestro Padre, nuestro Consolador y toda nuestra felicidad! Más afortunados que aquellos que vivieron mientras estuvo en este mundo, cuando no habitaba más que un lugar, cuando debían andarse algunas horas para tener la dicha de verle; hoy le tenemos nosotros en todos los lugares de la tierra, y así ocurrirá, según nos está prometido, hasta el fin del mundo. ¡Oh, amor inmenso de un Dios a sus criaturas! No, H. M., cuando se trata de mostrarnos la grandeza de su amor, nada puede detenerle. En aquel momento tan venturoso para nosotros, toda Jerusalén está agitada, el populacho está furioso, todos conspiran para perderle; todos están sedientos de su adorable sangre: y es precisamente en aquel momento cuando les prepara, así a ellos como a nosotros, la prenda más inefable de su amor. Los hombres están tramando contra El los complots más tenebrosos, al paso

(1) Véanse *Las maravillas divinas en la Sagrada Eucaristía* del P. Rossignoli, S. J.; maravilla CXIII*.

que El se está ocupando en regalarles con lo que tiene de más precioso, que es El mismo. No piensan más que en levantar una infame cruz para hacerle morir en ella, y El no piensa más que en levantar un altar donde se inmole El mismo cada día por nuestro amor. Se está preparando el derramamiento de su sangre, y Jesucristo quiere que aquella misma sangre sea para nosotros una bebida de inmortalidad, para consuelo y felicidad de nuestras almas. Sí, H. M., podemos afirmar que Jesucristo nos ama hasta agotar los tesoros de su amor, sacrificándose hasta donde han podido inspirarle su sabiduría y su poder. ¡Oh, amor tierno y generoso de un Dios para con tan viles criaturas cual nosotros, que tan indignos somos de su predilección! ¡Ah, H. M.! ¡cuánto respeto deberíamos tener a ese grande Sacramento, en el que un Dios hecho hombre se muestra presente cada día en nuestros altares! Aunque Jesucristo sea la misma bondad, no deja algunas veces de castigar rigurosamente, según vemos en distintos pasajes de la historia, los desprecios que se hacen a su santa presencia. (1)

Se refiere que un sacerdote de Friburgo, llevando el Santísimo Sacramento a un enfermo, acertó a pasar por una plaza donde había mucha gente que bailaba. El músico, aunque hombre sin religión, cesó de tocar y dijo: «Oigo la campanilla, señal de que Jesús Sacramentado es llevado a un enfermo, arrodillémonos». Mas entre aquella gente estaba una mujer impía, inspirada por el furor infernal: «Continuemos, dijo ella; también llevan campanillas suspendidas al cuello los mulos de mi padre; y cuando pasan por la calle, la gente no se detiene ni se arrodilla». Todos los circunstantes aplaudieron aquella impiedad, y continuaron

(1) ¡Ay! ¡cuántos no tienen ni aún la fe de los demonios que tiemblan en su presencia! ¡Ay! nuestra fe es lánguida y casi muerta (Nota del santo autor).

danzando. Al instante, vino un tan fuerte huracán, que arrebató a toda aquella gente que bailaba, sin que jamás haya podido saberse dónde fueron a parar. ¡Ay H. M. ! ¡ cuán caro pagaron aquellos miserables el desprecio inferido a la presencia de Nuestro Señor Jesucristo ! lo cual debe darnos a entender el respeto que a la misma hemos de tener, ya en el templo, ya al ser llevado, por las calles, a los pobres enfermos.

II. — Hemos dicho que Jesucristo, para obrar aquel milagro, escogió el pan, que es el alimento común a todos, pobres y ricos, fuertes y débiles, para significarnos que este celestial alimento está destinado a todos los cristianos que quieran conservar la vida de la gracia y la fuerza para luchar con el demonio. Vemos que, al obrar Jesús el gran milagro, elevó sus ojos al cielo para dar gracias a su Padre celestial, con lo cual quiso mostrarnos cuánto deseaba la llegada de aquel momento tan dichoso para nosotros, y nos dió con ello prueba de la grandeza de su amor. «Sí, hijos míos, les dijo el divino Salvador a los apóstoles, mi Sangre desea con impaciencia ser derramada por vosotros ; mi Cuerpo arde en deseos de ser desgarrado para curar vuestras llagas ; lejos de asustarme por las ideas amargas y tristes que de antemano me han venido al pensar en mis sufrimientos y en mi muerte, siento, por el contrario, en mí el colmo del placer. La causa de ello es porque en mis sufrimientos y en mi muerte hallaréis un remedio seguro para todos vuestros males.» ¡ Oh ! ¿ qué amor, H. M., iguala al de un Dios para con sus criaturas ? Nos dice San Pablo que, en el misterio de la Encarnación, Dios escondió su divinidad ; pero, en el de la Sagrada Eucaristía, llega hasta a esconder su humanidad (1). ¡ Ah, H. M. ! solamente la fe puede

(1) SRO. TOMÁS, himno *Adoro te devote*.

obrar en tan incomprensible misterio. Sí, H. M., cualquiera que sea el lugar donde nos encontremos, dirijamos con placer nuestros pensamientos, nuestros deseos, hacia donde está guardado este adorable Cuerpo, para unirnos a los ángeles que con tanto respeto lo adoran. Guardémonos de hacer como aquellos impíos que no muestran el menor respeto a los templos, tan santos, tan dignos de reverencia, tan sagrados por la presencia de un Dios hecho hombre, que día y noche mora entre nosotros...

Vemos con frecuencia que el Padre Eterno castiga con rigor a los que desprecian a su divino Hijo. Leemos en la historia que una vez un sastre acertó a encontrarse en una casa mientras era llevado el Viático a un enfermo de la misma; los que estaban junto a dicho enfermo le rogaron que se arrodillase, mas él se negó; y soltó esta horrible blasfemia: «¿Yo arrodillarme?, dijo. Respeto mucho más una araña, que es el más vil insecto, que a vuestro Jesucristo, a quien queréis que adore». ¡Ay, H. M. ! ¡de qué cosas es capaz aquel que ha perdido la fe! Mas Dios no dejó impune aquel pecado horrible: en el mismo instante, una grande araña negra descendió del techo y vino a posarse sobre la boca del blasfemo, y le picó en los labios, los cuales al momento se le hincharon, y murió al poco rato el infeliz. Ya veis, pues, H. M., cuán culpables somos al no guardar este gran respeto que se merece la presencia real de Jesucristo.

No, H. M., no nos cansemos de contemplar el gran misterio de amor en el que un Dios, igual al Padre, alimenta a sus hijos, no con un alimento ordinario, ni con aquel maná con que el pueblo judío se alimentaba en el desierto, sino con su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa. ¿Quién podría jamás imaginarlo, si no fuese El mismo quien nos lo dice y lo ejecuta a un tiempo? ¡Oh, H. M. ! ¡cuán dignas son de nuestro amor

y de nuestra admiración tales maravillas ! ¡ Un Dios, después de haber cargado con todas nuestras miserias, nos hace participantes de todas sus excelencias ! ¡ Oh, pueblo cristiano, cuán venturoso eres al tener un Dios tan bueno y tan rico !... Leemos que San Juan Evangelista vió un ángel a quien el Padre Eterno entregaba la copa de su furor para que la derramara sobre todas las naciones de la tierra (1) ; mas aquí vemos todo lo contrario. El Padre Eterno pone en manos de su Hijo la copa de su misericordia para que sea derramada sobre todos los pueblos del mundo. Al hablarnos de su Sangre adorable, nos dice, como a sus apóstoles : «Bebed todos de ella, y hallaréis la remisión de vuestros pecados y la vida eterna» (2). ¡ Oh, dicha inefable !... ¡ oh, fuente abundante y excelsa, que darás testimonio, hasta el fin de los siglos, de la felicidad que, por esta creencia, debíamos alcanzar ! Para inspirarnos una viva fe acerca de su presencia real, Jesucristo no ha cesado en todo tiempo de obrar milagros. Así leemos que hubo una mujer cristiana, pero muy pobre. Pidió, prestada a un judío, una cierta cantidad de dinero y le dió en prenda los mejores vestidos que tenía. Acercándose la fiesta de la Pascua, suplicó al judío que le devolviese, por un día, aquellos vestidos. El judío le dijo que no sólo estaba dispuesto a devolverle los vestidos, sino además a condonarle la deuda, con tal que le trajese una Sagrada Hostia, cuando la hubiese recibido de manos del sacerdote en la comunión. El afán de aquella miserable por recobrar sus vestidos y, al mismo tiempo, la esperanza de no verse obligada a devolver el dinero que había pedido prestado, la llevaron a ejecutar la más horrible acción. Al día siguiente se encaminó a la iglesia parroquial. En cuanto hubo recibido en la lengua la Sagrada Hostia,

(1) Apoc., XV.

(2) Matth., XVI, 27, 28.

la tomó con cuidado y la puso en un pañuelo. En seguida la llevó a aquel miserable judío, el cual, como es de suponer, la quería para descargar todo su furor contra Jesucristo. Aquel hombre abominable trató a Jesucristo con un furor espantoso; mas veamos cómo Jesucristo mismo le mostró cuánto sentía los ultrajes que se le inferían. Comenzó el judío colocando la Santa Hostia sobre una mesa, y le dió a su sabor golpes con un pequeño cuchillo; mas el desgraciado pudo ver cómo de la Santa Hostia salía sangre en abundancia, cosa que atemorizó mucho a su hijo. Después, quitándola con desprecio de encima la mesa, la fijó con un clavo en la pared, y le dió, hasta quedar saciado, golpes con un azote. La atravesó con una lanza, y salió sangre nuevamente. Después de tales crueldades, la echó en una caldera de agua hirviendo: al momento el agua pareció transformarse en sangre. Entonces la Hostia tomó la figura de Jesucristo clavado en cruz: lo cual le asustó de tal modo que hubo de correr despavorido a esconderse en un rincón de la casa. Mientras esto acontecía, los hijos del judío que veían a los fieles cristianos dirigirse al templo, les decían: «¿Dónde vais? No hallaréis en la iglesia a vuestro Dios, puesto que nuestro padre lo ha matado». Una mujer, que oyó lo que decían los hijos del judío, entró en la casa. Y vió, en efecto, la Hostia aun bajo la figura de Jesús crucificado; mas al punto tomó su forma ordinaria. Tomó aquella mujer una copa, y la Hostia vino a ponerse en su interior. Muy dichosa y contenta aquella mujer, la llevó en seguida a la iglesia de San Juan (en Gréve), donde fué colocada en un lugar apropiado para que los fieles la adorasen. Ofrecióse el perdón a aquel desgraciado, con tal de que se convirtiese al cristianismo; mas estaba tan obstinado, que prefirió se le condenase a ser quemado vivo, antes que hacerse cristiano. No obstante, su mujer, sus hijos y muchos judíos re-

cibieron el bautismo. En vista de los milagros que Jesucristo acababa de obrar y para perpetuar su recuerdo, aquella casa fué convertida en templo; se estableció allí una comunidad religiosa, con el objeto de que hubiese constantemente alguien ocupado en desagraviar a Jesucristo de los ultrajes que del judío recibiera (1). No podemos oír todo esto sin espanto, H. M. Pues bien, H. M., ved a qué se expone, y a qué estará Jesucristo expuesto hasta el fin del mundo, por nuestro amor. ¡Qué amor, H. M., el que nos muestra Dios Nuestro Señor! ¡a qué excesos le ha llevado el amor a sus criaturas!

Debéis saber, además, que Jesucristo, tomando el cáliz en sus santas manos, habló así a sus apóstoles: «Dentro de algunas horas esta preciosa Sangre va a ser derramada de una manera visible y cruel; y para vosotros será derramada; el ardiente deseo que tengo de derramarla en vuestros corazones me ha sugerido el empleo de este medio. Cierto que la envidia de mis enemigos es una de las causas de mi muerte, pero no es la principal; las acusaciones que han inventado contra mi persona para perderme, la perfidia del discípulo que me entregará, la debilidad del juez que va a condenarme, y la crueldad de los verdugos que van a matarme, son otros tantos instrumentos de que se sirve mi infinito amor para probaros cuánto os amo». Sí, H. M., para la remisión de nuestros pecados fué derramada aquella sangre, y para el mismo objeto este sacrificio se reproducirá todos los días. Ya veis, H. M., cuánto nos ama Jesucristo, pues con tanto afán se sacrifica por nosotros a la justicia de su Padre; y aun más, quiere El que semejante sacrificio se renueve todos los días y en todos los lugares del mundo. ¡Qué suerte para nosotros, H. M., saber que nuestros pecados, aun antes

(1) Este célebre prodigio es conocido con el nombre de *Milagro de los Billetes*.

de ser cometidos, fueron ya expiados en el gran sacrificio de la cruz ! Acudamos con frecuencia, H. M., al pie del tabernáculo, para consolarnos en nuestras penas y para fortalecernos en nuestras debilidades. ¿Tenemos que lamentar, tal vez, la gran desgracia de haber pecado ? La Sangre adorable de Jesucristo implorará gracia por nosotros.

¡ Ah, H. M. ! ¡ cuánto más viva que la nuestra era la fe de los primeros cristianos ! En los primeros tiempos, un gran número de cristianos atravesaba los mares para ir a visitar los santos lugares en donde se había realizado el misterio de nuestra Redención. Cuando se les mostraba el Cenáculo en el que Jesucristo instituyó este divino Sacramento consagrado a alimentar nuestras almas, cuando se les hacía ver el sitio en que había rociado la tierra con sus lágrimas y su sangre durante la agonía que acompañó a su oración, no sabían dejar aquellos lugares memorables y venerandos sin derramar lágrimas en abundancia. Mas esto llegaba al colmo al ser conducidos al Calvario, en donde el Salvador tantos sufrimientos experimentara por nosotros. Entonces les parecía no poder vivir ya más ; al recordar lo que aquellos lugares evocaban, a saber, el tiempo, las acciones y los misterios que por nuestro bien allí se realizaron, estaban inconsolables ; sentían avivar su fe, su corazón se abrasaba bajo los ardores de una nueva hoguera. ¡ Oh, felices lugares, exclamaban, donde tantos prodigios se realizaron por nuestra salvación ! Pero, H. M., sin ir tan lejos, sin tenernos que molestar en atravesar los mares y exponernos a tantos peligros, ¿no tenemos aquí, en medio de nosotros, a Jesucristo, no solamente como Dios, sino en cuerpo y alma ? ¿No son tan dignas de respeto nuestras iglesias como los lugares santos que visitaban aquellos peregrinos ? ¡ Oh, H. M. ! ¡ nuestra dicha es demasiado grande ! no, no, jamás comprenderemos su alcance.

¡Pueblo feliz, el cristiano, al ver cómo cada día se renuevan todos los prodigios que la omnipotencia de Dios obró en otro tiempo en el Calvario para salvar a los hombres!

¿A qué obedece pues, H. M., el que no experimentamos este mismo amor, no sintamos el mismo agradecimiento, no estemos poseídos del mismo respeto, con todo y obrarse cada día los mismos milagros ante nuestros ojos? ¡Ay! hemos abusado tanto de las gracias recibidas, que merecimos de Dios el castigo de que nos fuese arrebatada, en parte, nuestra fe; apenas nos queda indicio de ella para hacernos cargo de que estamos en la presencia de Dios. ¡Dios mío! ¡qué desgracia para un cristiano haber perdido la fe! ¡Ay, H. M.! desde que la fe nos falta, no hacemos más que despreciar este augusto Sacramento; ¡y cuantos hay aún que llegan hasta a caer en la impiedad, haciendo mofa de los que tienen la dicha de venir a sacar de aquí las gracias y fuerzas necesarias para salvarse! Temamos, H. M., los castigos que Dios puede enviarnos por nuestra falta de respeto a su adorable presencia. Aquí tenéis un ejemplo de los más espantosos.

Refiere, en sus Anales, el Cardenal Baronio que en la villa de Lusignan, cerca de Poitiers, había un sujeto que manifestaba un gran desprecio por la persona de Jesucristo: escarnecía y menospreciaba a cuantos frecuentaban los Sacramentos; ridiculizaba su devoción. Sin embargo, Nuestro Señor, que siempre prefiere la conversión a la pérdida del pecador, le había enviado con alguna frecuencia remordimientos de conciencia; bien veía que obraba mal y que aquellos de que se burlaba le aventajaban en felicidad; mas, en cuanto se le ofrecía nueva ocasión, volvía a las andadas, y, de esta manera, poco a poco, acabó por ahogar enteramente los remordimientos que Dios le enviaba. Mas, para mejor disimularlo, procuró ganar la amistad de un santo re-

ligioso, el superior del monasterio de Bonneval, lugar muy cercano a su morada. Iba allí con frecuencia, y, aunque impío, hacía gala de aquella amistad, y se creía hasta bueno cuando estaba con aquellos santos re-religiosos. El superior, que, andando el tiempo, se dió cuenta de lo que pasaba en el ánimo de aquel sujeto, le decía muchas veces: «Mi querido amigo mío, veo que no tenéis el respeto que debierais a la presencia de Jesucristo en el adorable Sacramento del altar; y creo que, si queréis convertiros, no habrá más remedio que dejar el mundo y retiraros en un monasterio para hacer allí penitencia. Mejor que nadie sabéis vos cuántas veces habéis profanado los Sacramentos, manchándoos el alma con abominables sacrilegios; si llegaseis a morir, seríais arrojado al infierno por toda la eternidad. Creedme, pensad en reparar las profanaciones cometidas; ¿cómo podéis vivir en tan miserable estado?» Aquel pobre hombre parecía escucharle y hasta aprovecharse de sus consejos, pues sentía, ciertamente, en su conciencia el peso de los sacrilegios; mas como le repugnaba aceptar algunos pequeños sacrificios, indispensables para su conversión, resultaba que, con todo y sus buenos pensamientos, continuaba siempre igual; y así sucedió que, cansándose Dios de su impiedad y de sus sacrilegios, le abandonó a sí mismo; y el pobre cayó enfermo. El abad, sabiendo el mal estado en que se hallaba su alma, se apresuró a visitarle. Al ver el infeliz que aquel buen religioso, que era un santo, iba a verle, lloró de alegría, y, quizá concibiendo la esperanza de que rogaría por él y le ayudaría a sacar su alma del cenagal de sus sacrilegios, suplicó al abad que se quedase con él cuanto tiempo le fuese posible. Llegó la noche y retiráronse todos menos el abad, que permaneció junto al enfermo. Aquel pobre infeliz púsose a dar gritos horribles, diciendo: «¡ Ah ! ¡ Padre mío ! ¡ socorredme ! ¡ ah ! ¡ ah ! ¡ venid en mi auxilio ! »

¡ Mas, ay ! ¡ no era ya tiempo oportuno ! Dios le había abandonado en castigo de sus impiedades y sacrilegios. « ¡ Ah ! ¡ Padre mío, ved aquí dos espantosos leones que me están acechando ! ¡ Ah ! ¡ Padre mío, socorredme ! » El abad, lleno de espanto, se arrodilló para implorar misericordia en favor del enfermo ; mas era ya demasiado tarde, la justicia de Dios lo había entregado al poder de los demonios. De repente, el enfermo cambió de voz hablando en tono más sosegado ; púsose a conversar como una persona sana y en el pleno dominio de su espíritu : « Padre mío, le dijo, aquellos leones que ahora mismo estaban cerca de mí se han retirado ». Pero mientras estaban hablando familiarmente, el enfermo perdió la voz y quedó como muerto. Por tal lo tuvo el religioso, mas quiso presenciar el fin de todo aquello ; decidió, pues, pasar el resto de la noche junto al enfermo. Al cabo de un rato, aquel pobre infeliz volvió en sí, recobró la palabra, y dijo al superior : « Padre mío, acabo de ser citado al tribunal de Jesucristo, y, a causa de mis impiedades y sacrilegios, estoy condenado a arder en los infiernos ». Asustado el religioso, púsose a orar, intentando probar si quedaba aún algún recurso para lograr la salvación de aquel desgraciado ; mas, viéndole rezar el moribundo, le dijo : « Padre mío, dejad vuestras oraciones, Dios no os va a escuchar en nada de cuanto le digáis respecto a mí ; los demonios me rodean, sólo están esperando el instante de mi muerte, que no tardará en llegar, para arrastrarme al infierno, en donde voy a arder por toda la eternidad ». De repente, sobrecogido de espanto, exclamó : « ¡ Ah ! Padre mío, el demonio se me lleva ; adiós, Padre mío, desprecié vuestros consejos y estoy condenado ». Y diciendo esto, vomitó su alma maldita a los abismos. Retiróse el superior llorando vivamente por la suerte de aquel desgraciado que desde su lecho acababa de caer en el infierno. ¡ Ay, H. M. ! ¡ cuán grande es